

UNIVERSIDAD
NACIONAL
AUTONOMA
DE MEXICO

VOZ VIVA
DE MEXICO

ERMILO
ABREU
GOMEZ



VOZ VIVA DE MEXICO

LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO incorpora a sus diversas actividades culturales, la grabación de la palabra, con el fin de conservar voz e ideas de quienes representan en México el sentido más valioso de la literatura, la filosofía, la política y la ciencia.

DISCOS EDITADOS:

SERIE VOZ VIVA

- vv-1/ALFONSO REYES
- vv-2/JAIME TORRES BODET
- vv-3/CARLOS PELLICER
- vv-4/MARTÍN LUIS GUZMÁN
- vv-5/ARTEMIO DE VALLE ARIZPE
- vv-6/JOSÉ GOROSTIZA
- vv-7/LEÓN FELIPE
- vv-8/SALVADOR NOVO
- vv-9/AGUSTÍN YAÑEZ
- vv-10/CARLOS FUENTES
- vv-11/ROSARIO CASTELLANOS
- vv-12/JUAN JOSÉ ARREOLA
- vv-13/OCTAVIO PAZ
- vv-14/FERNANDO BENÍTEZ
- vv-15/JULIO TORRI
- vv-16/JUAN RULFO
- vv-17/RUBÉN BONIFAZ NUÑO
- vv-18/ALÍ CHUMACERO
- vv-19/JAIME SABINES
- vv-20/RODOLFO USIGLI
- vv-21/ERMILO ABREU GÓMEZ

SERIE LITERATURA MEXICANA

- LM-1/RAMÓN LÓPEZ VELARDE
- LM-2/BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO
- LM-3/SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ
- LM-4/POESÍA NÁHUATL
- LM-5/SALVADOR DÍAZ MIRÓN
- LM-6/POESÍA MAYA
- LM-7/XAVIER VILLAUURUTIA
- LM-8/ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ
- LM-9/MANUEL JOSÉ OTHÓN
- LM-10/AMADO NERVO
- LM-11/GILBERTO OWEN
- LM-12/POESÍA ESPAÑOLA DE MÉXICO, I

SERIE TESTIMONIOS POLÍTICOS

- TP-1/ADOLFO LÓPEZ MATEOS
- TP-2/LÁZARO CÁRDENAS
- TP-3/JUSTO SIERRA
- TP-4/JOSÉ MARÍA MORELOS
- TP-5/ALFONSO CASO

VV-21 / LD 33 1/3

ERMILO ABREU GOMEZ

Canek / San Francisco de Asís (Fragmentos)

VOZ DEL AUTOR

Las cualidades literarias de Ermilo Abreu Gómez lo convierten en un escritor insólito en México: la multiplicidad de su talento y la consistencia de las formas de su creación han hecho de su pluma y de su pensamiento fuente exclusiva de obras venerables. Narrador, crítico, cronista, lingüista, catedrático, testigo de su tiempo, Abreu Gómez posee un lenguaje que coincide con los mejores estilistas de la literatura del mundo hispanoamericano. Preocupado por las reglas del juego literario, Abreu Gómez es minucioso en la configuración de sus frases, detallista en el uso de las palabras. Sus cualidades le han permitido enriquecer los frutos de su oficio y por tanto los del lenguaje y los del arte.

Don Francisco Monterde ha afirmado que "en sus obras de creación, Abreu Gómez —como fiel heredero del modernismo— fue del estilo ornamental, plástico en sus relatos iniciales —*El Corcovado, Vida del Venerable Siervo de Dios Gregorio López*—, a la directa sencillez de expresión, en *Canek* —traducido a varias lenguas— y otros héroes mayas, por él resurrecidos. Ha acometido empresas difíciles porque, para él, la dificultad lleva en sí misma el acicate que permite dominarla.

"Al lado del impasible narrador que seguía el perímetro de los personajes de las cortes hispana y novohispana, está el que apasionado ahonda en el alma indígena; mas no olvidemos que Abreu Gómez, ágil pintor de sus coetáneos, trazó la silueta espiritual de San Francisco de Asís, y es también el mismo que narra sabrosamente en propia vida, en *La del alba sería . . . , Duelos y quebrantos* y la obra en proceso de cervántico título, igualmente, en la cual prosigue sus Memorias."

Los discos VOZ VIVA DE MEXICO, intentando recoger los ejemplos más notables y brillantes de la personalidad artística e intelectual de la nación, ofrece al mismo tiempo una selección de las obras de Abreu Gómez y de una de las etapas más logradas de las letras nacionales.

CUADERNO ADJUNTO:

TEXTO DE LA GRABACIÓN PRESENTADO POR LUIS RIUS



DIBUJO DE JOSE MORENO VILLA

© 1966—UNAM—75/76

PORTADA:
Gunter Gerzso
Ciudad maya
Col. Doctor Alvar Carrillo Gil

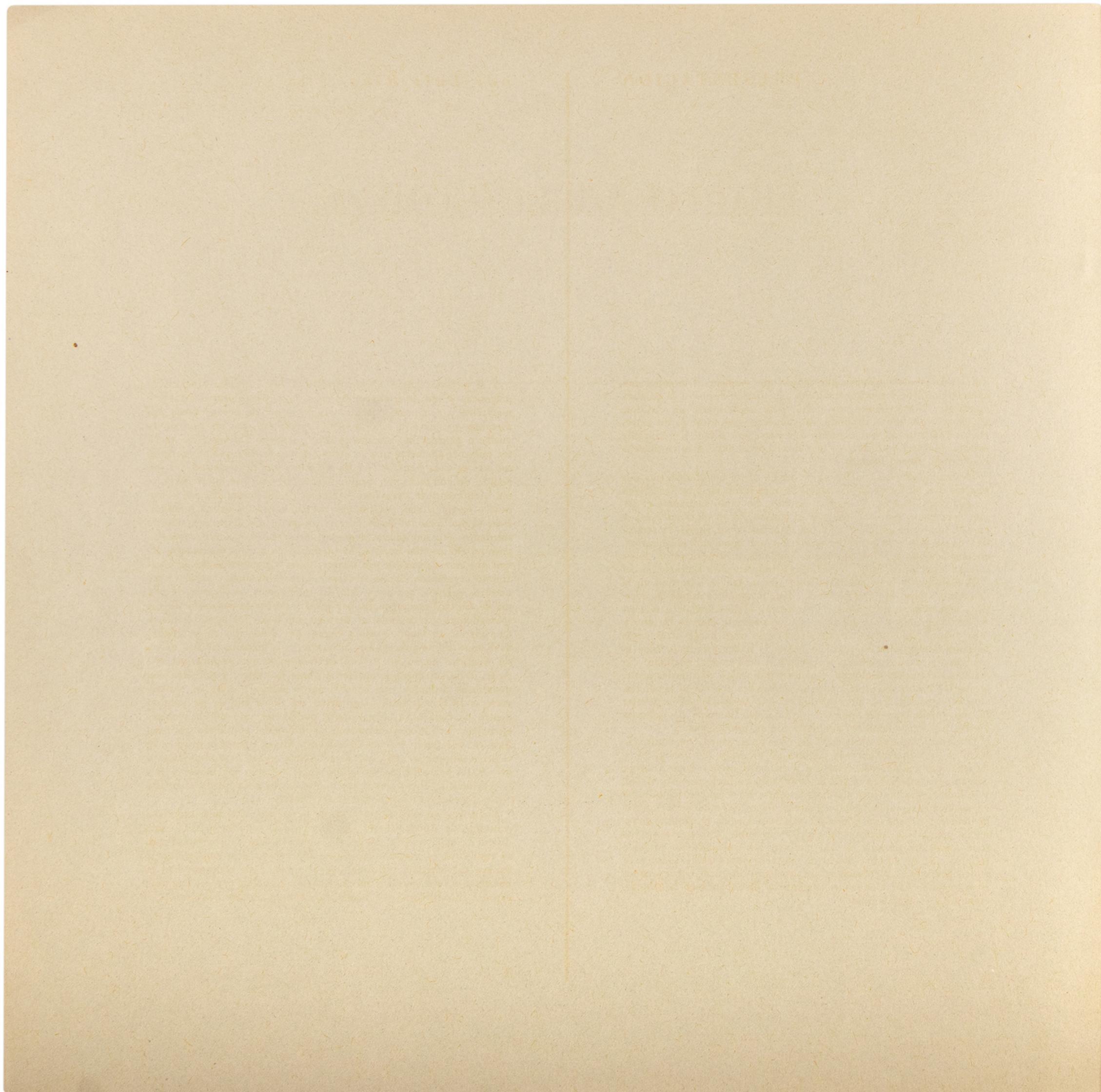
PARA ESTE DISCO DE ALTA FIDELIDAD SE USARON: GRABADORA AMPEX 350. MICRÓFONOS RCA, TORNEO Y CABEZAS SCULLY. PARA UNA REPRODUCCIÓN PERFECTA SE RECOMIENDA LA CURVA DE COMPENSACIÓN RIAA. SE MANUFACTURÓ EN LA RCA VICTOR MEXICANA, S. A. DE C. V. TÉCNICO DE SONIDO: Ing. Rodolfo Sánchez A.

ISM Imprenta Madero, S. A.

ERMILO ABREU GOMEZ

VOZ VIVA DE MEXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO



PRESENTACION

Tal vez la primera palabra que habría que emplear al intentar una caracterización del escritor cuya voz recoge este disco, es la palabra equilibrio. Nos hallamos, en efecto, ante un hombre, un creador, un teórico, un crítico, de linaje exactamente opuesto al de los extremados. En muchas cosas puede advertirse ese difícil y admirable asiento —el del equilibrio— que tiene por el suyo más característico Ermilo Abreu Gómez.

Mexicano, esto es, beneficiado y herido al mismo tiempo por dos sangres que al correr de los siglos se mezclaron en una, tras larga y nada clara relación de amor y de odio, no pudo sustraerse de tomar conciencia del conflicto que él mismo, como mexicano, es; y en este punto, es ejemplar cómo la claridad de su juicio, la serenidad de su ánimo, le permitieron aceptar por igual ambas herencias, enriqueciéndose así con los bienes que una y otra supieron tener y legar a los de su linaje. Vista en conjunto su obra literaria, si del "colonialismo" —movimiento al que alguna vez se adscribió en la mocedad— pasó al "indigenismo", fue, juzgando a fondo la cuestión, una manera de buscarse y aceptarse históricamente a sí mismo en integridad y no quedarse voluntariamente manco. De uno y otro "ismo" vino luego a apartarse Ermilo para hacer otras cosas más íntimamente suyas, pero no antes de haber asimilado bien el espíritu de las dos realidades previas a su personal realidad. En materia de aceptar herencias étnicas y culturales, paradójicamente, el que las acepta más totalmente no demuestra codicia ni tacañería, sino generosidad. Y la generosidad en este caso además de revelar buenas condiciones del ánimo o de la índole humana de quien la ejerce, las revela también, sin duda, de su inteligencia.

Otra dualidad que en la obra de este autor guarda un equilibrio claro es la formada por sus páginas de creación, de una parte, y de otra, por sus páginas de teoría y crítica literarias. Unas y otras, con su peso, mantienen el fiel de la balanza en perfecta verticalidad, y se hallan, además, bien deslindadas entre sí, no interfiriéndose, no empastelándose nunca, aunque, desde luego, estrechamente interrelacionadas; de ahí esa atmósfera reflexiva que en el ámbito meramente creador de Abreu Gómez existe, invisible, transparente como toda atmósfera pura, y de ahí también ese trasfondo de emoción trémula que se adivina detrás de sus reflexiones sobre asuntos de teoría literaria. La conciencia del quehacer literario corre parejas en este autor con lo que los románticos llamaban bien la inspiración. Una y otra, hondas.

por Luis Rius

Y si pasamos ahora a otro problema, tan incitador siempre de polémicas y aun de confusiones: el de la responsabilidad del escritor frente a sí mismo y frente a la sociedad, de nueva cuenta nos asombra y mueve a admiración el equilibrio que en este punto vuelve a guardar la obra del escritor yucateco. Tal vez en el escritor más acusadamente que en otros artistas se hace patente el doble ser que es cada hombre: ser de soledad y ser de sociedad, ser impedido de comunicación profundísima, última, con otros seres, y ser —en contraste dramático— ansioso de tal comunicación, comunión o participación, por impulso de amor, con los demás hombres. Pero si esa zona íntima donde se cobija lo que llamamos nuestra soledad es por naturaleza incompañable, y nuestro llanto o nuestro goce en ella es sólo nuestro, hay también en la vida realidades, cosas, que por naturaleza son compartibles, y concretamente lo es el ámbito organizado donde nuestras soledades habitan y pasan, como nuestros cuerpos, hambre y frío. La inteligencia, el corazón, la pluma de Abreu Gómez acuden por igual a buscar la expresión de esa soledad suya y a defender el derecho que todos los hombres tienen de vivir en un mundo justo y digno. Ese doble filo de la palabra de Ermilo no es preciso irlo a buscar, a lo grueso, en dos aspectos distintos de su obra vista en conjunto, que serían, por una parte, el de sus cuentos, novelas y obras de teatro, y por otra, sus numerosos artículos con tema social o político; debe en cambio verse, a lo fino o sutil, cómo actúa ese doble filo de su palabra dentro de cada obra suya; *Canek* podría ser uno de los mejores ejemplos; pero lo verdaderamente definidor del equilibrio que también en este punto ha sabido infundir Abreu Gómez a su obra es el hecho de que en cada una de ellas, aun en las más inmediatas y breves, las periodísticas, existe ese doble enfoque con mayor o menor evidencia. Y eso quiere decir que en su obra queda abarcado con sobrecogedora integridad el ser humano.

Fijémonos en una última cosa en que vuelve a manifestarse esa constante de Abreu Gómez que he llamado equilibrio. Ésta, más difícil de explicar porque la relación entre uno y otro factor que se equilibran es menos nítida aquí. Me refiero a la extraordinaria llaneza del lenguaje utilizado por el escritor en contraste con la hondura, a veces hasta el misterio, de la intuición que ese lenguaje expresa. Recordemos este brevísimo capítulo de *San Francisco*:

Navegaba San Francisco en un lago cercano a Greccio cuando, de pronto, el pescador que guiaba la barca agarró una avecilla marina. La vio tan linda y airosa que se la regaló al Santo. Éste la tomó y después de acariciarla la invitó a remontar el vuelo. Pero la avecilla no sólo no quiso moverse, sino que antes, gozosa, esponjó sus plumas y se acurrucó en las manos del Santo como si estuviera en su propio nido. San Francisco le ordenó entonces que, por santa obediencia, abriera las alas y se fuera por el aire.

En esa pequeña historia que nos ha contado, el escritor no parece subrayar nada. ¿Qué nos ha querido decir? ¿Que nada debe haber más deseable que la libertad? El escritor no pone énfasis en ello; más todavía, usa de un contraste para, remitiéndonos desde luego a aquella idea, apartarnos asimismo de ella, pues en virtud de un acto libre la avecilla quiere permanecer en las manos del Santo, y no es sino por mandato de éste por lo que ella se decide a alzar el vuelo. ¿Quiere decirnos más bien que la santa obediencia debe anteponerse a la propia voluntad porque del acatamiento humilde se deriva mayor dicha? ¿O quiere expresarnos ante todo con ese ejemplo algo referente al sentimiento del Santo, no a su pensamiento: su escrúpulo de tener el excesivo placer poseyendo una avecilla "linda y airosa" que le convierte las manos en un nido? Para evocarnos esto último, uno de los capítulos anteriores, *San Francisco y la cigarra*, nos presta ayuda; en él nos cuenta cómo el santo, después de recibir durante varios días la visita de una cigarra cantora, dijo a sus compañeros:

—Demos ya licencia a la hermosa cigarra para que se vaya a otra parte, pues no es bueno que nuestros oídos tengan tanto placer. San Francisco ordenó a la cigarra que se fuera a otra parte. Y la cigarra no volvió más.

¿O tal vez este capítulo no se explique más que por la belleza misma de los seres que lo pueblan (el lago, la barca, el marinero, el santo, la avecilla) y por los movimientos que lo animan, donde la suavidad y la rudeza (las manos del pescador que capturan al ave, el cuerpecillo de ésta) y la quietud y la ligereza (la avecilla acurrucada en las manos de San Francisco, el impulso del vuelo)

se amalgaman tan armoniosamente? Al no subrayar ninguno de estos posibles significados, quedan subrayados todos, todos ellos existen para nuestra sensibilidad (¡cuánta riqueza!) en unos pocos renglones. ¿Es posible contraste más formidable entre la diáfana, la sencillez, la inocencia de las palabras usadas y la variedad y hondura de sentidos que entrañan? ¿No es este logro expresivo resultado de ese difícilísimo equilibrio entre dos cosas en apariencia tan dispares?

Vamos a acercarnos todavía más al texto transcrito para, con un mínimo detalle, calibrar mejor la excelencia a la que llega la prosa de Ermilo Abreu Gómez mediante su sencillez, su naturalidad. Fijémonos en la comparación que utiliza en este párrafo:

Pero la avecilla no quiso moverse, sino que antes, gozosa, esponjó sus plumas y se acurrucó en las manos del Santo *como si estuviera en su propio nido*.

No nos sorprende esta comparación por su novedad. Nos sorprende por la justeza, por la precisión con que ha sido usada. De haber suprimido el escritor la descripción de los movimientos del ave en ese párrafo, la comparación hubiera tendido demasiado brusca y obviamente a convertir simbólicamente las bondadosas manos del Santo en un nido. Hubiera resultado así un recurso estilístico común, vulgar. En cambio, al describirnos previamente a la comparación que la avecilla "esponjó sus plumas y se acurrucó en las manos del Santo", la comparación cumple también la función de que plástica, *realistamente*, nos representemos más a lo vivo los movimientos que hizo el ave. Al quedar justificada por una necesidad descriptiva, su alusión simbólica cobra, ahora sí, una fuerza expresiva auténtica, y ya, lejos de sentirla común, vulgar, la sentimos insustituible y perfecta.

Y así, como sin quererlo, me descubro hablando del estilo de Ermilo Abreu Gómez. Pero no añadiré aquí lo que de ninguna manera cabría en el breve espacio de la presentación de un folleto: un intento de análisis de uno de los estilos más admirables que hayan logrado prosistas de lengua española. Queden, si acaso, los párrafos anteriores como testimonio de la delicada atención que creo que requiere del buen lector, del crítico sensible, cada página escrita por la mano de Ermilo Abreu Gómez.

TEXTOS

CARA I
18'51"

CANEK

Jacinto Canek vivía en una choza apartada del camino; se levantaba con el fresco de la mañana y salía al patio lleno de resplandor de los luceros, del aroma de la tierra y del cantar de los gallos. Se bañaba tras un macizo de plátanos y el agua corría entre las guijas reverdecidas por la humedad y el tiempo. Luego, junto al fogón, se calentaba las manos. Canek labraba tierras ajenas. Con su trotecito siempre igual y siempre cansado, volvía a su choza después de la Oración. Cerrada la noche, encendía un pabilo y con los dedos estiraba la mecha y en el silencio de su choza se ponía a oír. Oír no cuesta nada. Oía y adivinaba los pasos de los que regresaban de sus labores. Aquellos pasos leves, eran de la vieja Xpet, la molendera; aquellos otros arrastrados, eran de Chumín, el albéitar; y aquellos otros, torpes, eran de Xpil, el sereno. Oía también el ruido de los coches que pasaban y el ajeteo de los rebaños que tornaban al aprisco. Y así se estaba, oye que oye, hasta que el sueño le hacía cabecear. Había que acostarse, pero antes de hacerlo echaba ceniza en las brasas; atrancaba el postigo, apagaba la mecha y cerca de la cabecera de su catre ponía un jarro de agua y un manojo de yerbas olorosas. Al fin se dormía y, entre sueños, lloraba y ni él mismo sabía por qué.

Hay gente nueva en la hacienda. Hoy llegó la tía Charo, hermana de don Cleofas, el dueño. Doña Charo es una señora solterona, remilgosa y asmática. Se pasa el día sentada en el estrado de la casa, toma que toma pastillas de menta y sorbos de tila. Hace años teje y desteje una camisa de hombre y nunca está satisfecha. No sabe para quién es y ni falta que hace.

Junto con doña Charo llegó Guy, su sobrino. Guy es un niño a quien nadie quiere; parece tonto, casi idiota. La familia lo ha enviado a la hacienda porque con sus cosas y simplezas a todos avergüenza. Hasta delante de las visitas sus hermanas lo llaman recogido; cuando Guy oye esta palabra, se le humedecen los ojos, pero no protesta. Guy trajo una mochila con su ropa —dos mudas y unas alpargatas— y, entre papeles rotos, el retrato de su madre muerta.

Canek tiene nuevo oficio en la hacienda. Por la noche, la tía Charo lo llamó y le dijo:

—Jacinto, ahora no trabajarás en la huerta. Ahora tienes que cuidar a mi sobrino Guy. Por lo que me han dicho, es un niño

de Ermilo Abreu Gómez

melindroso. No lo dejes solo porque hace locuras que él cree gracias. Dormirás en su cuarto, pues es, además, miedoso, y la soledad y las tinieblas lo asustan. Mañas, mañas que tiene, qué sé yo. A veces, de noche, se levanta dormido y se escapa y se va por allí y luego cuesta encontrarlo. Cuando despierta no recuerda lo que ha hecho; y si se le dice algo, se enfada y se pone a llorar. En ocasiones le da por escribir con los dedos sobre el polvo de los pisos. Escribe tonterías que sólo él entiende. Ya verás. Pero de esto no te ocupes.

Apareció en la hacienda una niña harapienta. Tenía la carita llena de tizne, las manos sucias y los ojos como asustados. Por la mañana correteó entre los becerros y las gallinas; a mediodía echó agua en los bebederos. Por la tarde se juntó con las criadas y se puso a desgranar mazorcas de maíz. Por la noche, sin decir palabra, se acurrucó en la despensa y ahí se quedó dormida. Al día siguiente Guy le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Exa me dicen —contestó la niña.

Se desató un aguacero tan recio que daba miedo salir al monte. Canek y Guy se refugiaron en la cocina de la casa principal donde la vieja Xpet desgranaba mazorcas de maíz. Junto al fogón estaban los amigos de siempre: Chumín, Xpil, Ramón Balám y Domingo Canché, peones de la hacienda. En un rincón, Exa atizaba las brasas del anafre donde se cocía el nixtamal. Canek y Guy se agregaron a la rueda.

—Estas lluvias tempraneras —dijo la vieja Xpet —anuncian larga sequía.

Después se levantó y deslió en unas jícaras bollos de pozole endulzado con miel. Afuera, el agua iba por las acequias del patio y rebosaba en las eras.

Guy y Exa, temblorosos, se tomaron de la mano. Ella le dijo en voz baja:

—No te olvides, me llamo Exa.

Canek se levantó antes de que amaneciera; salió al patio y junto al brocal del pozo encontró al niño Guy y Exa que contemplaban la algazara de los peones. Se había roto la soga y el cubo se quedó en el fondo del pozo. Canek se ofreció a sacarlo. Lo amarraron y lo arriaron entre todos. Canek comentó después:

—Desde abajo se ven las estrellas.

Al día siguiente Guy dijo a Canek:

—Oye, Jacinto, se fue el cubo al fondo del pozo.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez. Yo bajo por ti.

—¿Tú?

—Sí, yo también quiero ver las estrellas.

En las charcas del patio Guy y Exa se pusieron a jugar con unos barquitos de papel. A veces se iban tan lejos que no los podían alcanzar. Junto a unas piedras, el más pequeñito se hundió.

—¡Es el mío! —Exclamó Exa.

—¡Oh, no, es el mío —respondió Guy.

Canek sabía que Guy estaba mintiendo.

Cuando amaneció, Guy preguntó a Canek:

—¿Verdad que no hay frío, Jacinto?

—Anoche sentí frío, niño Guy.

—Pues yo dormí sin cobijas y sudé a mares.

En el corral, un venadito, recién nacido durmió bajo las cobijas de Guy.

Canek y Guy fueron de caza. Canek tomó el arco y Guy se echó a la espalda, el morral con las flechas y se dirigieron a las madrigueras de los conejos. Cuando llegaron Canek pidió las flechas, pero Guy, tímido, con los ojos dulces, como de conejo, mostró el morral vacío. Canek no dijo nada y los dos regresaron como si tal cosa.

La tía Charo dijo a Canek:

—Jacinto, busca a Guy, pues hace más de media hora que fue a la troje por un poco de maíz.

—Aquí estoy, tía —contestó Guy.

—De aquí a la troje, muchacho, sólo hay diez pasos.

—De día sí, tía, hay diez pasos, pero de noche, lo menos hay veinte.

La tía Charo se encogió de hombros. Canek subió la mecha del candel y llamó a Guy para que se sentara a su lado.

En la hacienda sólo la tía Charo bebe agua de lluvia; los indios beben agua de pozo, tibia y hasta con su poquito de cal. Guy trajo agua del aljibe, se acercó a Canek y le dijo:

—Jacinto, bebe, yo no tengo sed.

Canek tomó la jicara y bebió y se humedeció los ojos para que no se le vieran las lágrimas.

—Niño Guy —dijo Canek— ni una nube; el cielo está limpio y si no llueve pronto, se perderán las cosechas. Tiene razón la vieja Kpet; la sequía será larga.

Al siguiente día Guy encendió una hoguera y se puso a soplar el humo.

—¿Qué haces? —preguntó Canek.

—Nubes, nubes —respondió Guy—. ¡Mira cómo suben y qué negras son!

Los dos llegaron cojeando: Guy y su perrito Pifas. Guy traía un pie vendado y Pifas una de las patitas delanteras envuelta en hilas.

Los dos caminaban a saltos. Guy se quejaba y el perrito gruñía.

—Nos caímos, Jacinto —dijo Guy, riéndose.

—Ya lo veo.

—Pifas se torció una pata, pero ya se la curé.

—¿Y tú?

—No se los digas a nadie: yo no tengo nada; me vendé solamente para consolarlo.

Exa desapareció de la hacienda; se fue tal como vino en silencio.

Los indios dijeron:

—¡Se la llevó el viento!

Guy salió al monte y se puso a gritar haciendo bocina con las manos:

¡Exa!

Y el nombre de Exa se alejó como el eco.

Cuando Guy regresó del campo, se dobló como una espiga y se quedó dormido. Canek se sentó a su lado y veló su sueño. Al despertar, Guy dijo:

—Jacinto, ¿qué les pasa a los niños que se mueren?

—Despiertan, niño Guy.

Guy volvió a decir como para sus labios: Exa.

El niño Guy amaneció muerto y nadie lo sintió morir. En su hamaca parecía dormido. En sus labios pálidos tenía una sonrisa también dormida. Después del entierro, Canek recogió las cosas del niño Guy y vio que en el retrato de su madre, había escrito: Quisiera ser el huésped de tus ojos. Canek se echó a llorar, pero entonces la tía Charo se acercó a él y le dijo:

—Jacinto, si no eres de la familia ¿por qué lloras?

II

Canek dijo:

—Ya se cumplen las profecías de Nabuc Pech. No se contentarán los blancos con lo suyo ni con lo que ganaron en la guerra; con maña querrán también la miseria de nuestra comida y la miseria de nuestra casa. Levantarán odio contra nosotros y nos obligarán a refugiarnos en los montes y en los lugares apartados. Y así iremos como las hormigas detrás de las alimañas y comeremos cosas malas: raíces, grajos, cuervos, ratas y langostas del campo.

Canek dijo:

—Los blancos no saben de la tierra, ni del mar, ni del viento. ¿Qué saben si noviembre es bueno para quebrar los maizales? ¿Qué saben si los peces ovan en octubre y si las tortugas emigran en marzo? ¿Qué saben si en febrero hay que librar a los hijos de los vientos malos? Ellos gozan, sin embargo, de todo lo que vive en la tierra, en el mar y en el viento.

Canek dijo:

—Los blancos hicieron que estas tierras fueran extranjeras para el indio; hicieron que el indio comprara con su sangre el aire que respira.

Canek dijo:

—Al indio le basta un cuartillo de maíz; al blanco no le alcanza un almud.

El indio come y bendice su tranquilidad. El blanco ignora que una jicara no lleva más agua que el agua que señalan sus bordes. Lo demás se derrama y desperdicia.

Canek dijo:

—El blanco parece que marcha; el indio parece que sueña. El blanco husmea; el indio suspira. El blanco avanza; el indio se aleja.

Canek dijo:

—Nosotros alimentamos las semillas; ellos alimentan las hojas. Bajo nuestras plantas caminan las aguas secretas y olorosas. Sobre ellos agitan sus alas las aves carniceras.

Canek dijo:

—Los blancos son rojos. Son rojos como la mancha del oriente que los trajo; como el fuego que brota de sus manos; como el oro que se enciende en sus barbas. Los blancos son rojos.

Canek dijo:

—Los indios viven al lado de la tierra. Duermen en paz sobre su pecho. Los blancos la olvidan. Pasan sobre ella aplastando sus gracias. De ella sólo toman sus frutos.

Canek dijo:

—Hay hombres de espíritu levantado, impaciente. Para éstos una mañana es ya el principio de una tarde. Hay hombres de espí-

ritu lento, dormido. Para éstos una tarde es apenas la continuidad de una mañana. Hay hombres de espíritu recio para quienes todas las horas están llenas del día. Para éstos se hizo el descanso de la noche.

Canek dijo:

—Para el espíritu vale más un vicio limpio que una virtud sucia. Un vicio limpio puede guardar un deseo puro. Una virtud sucia supone una conciencia débil; con seguridad un acto de cobardía.

Canek dijo:

—La palabra nació por sí misma dentro de lo oscuro. La palabra no es la voz que se dice ni el signo que se escribe. La palabra viene de la conciencia. Por eso debe ser sentida dentro para que sea espejo de sí misma.

Canek dijo:

—Las cosas no vienen ni van. Somos nosotros los que vamos a ellas. Sólo el espíritu camina. La memoria no es ojo que se vuelve al pasado, sino espejo que nos deja ver lo que está en su esencia, fuera del tiempo.

Canek dijo:

—No te enorgullezcas del fruto de tu inteligencia. Recuerda que sólo eres dueño del ánimo que pusiste en ella. La inteligencia es como la flecha: una vez que se aleja del arco ya no la gobierna nadie. Su vuelo depende de tu fuerza, pero también del viento y, ¿por qué no decirlo?, del destino que la sigue.

Canek dijo:

—Nunca tengas miedo de tus lágrimas. Sólo los hombres lloran. Las lágrimas, hijo, siempre caen de rodillas.

Canek dijo:

—¿Y para qué quieren ser libres si no saben ser libres? La libertad no es gracia que se recibe ni derecho que se conquista. Se es libre aunque se carezca de libertad. Los hierros y las cárceles no impiden que un hombre sea libre. La libertad del hombre no es como la libertad de los pájaros que se satisface en el vaivén de una rama. La libertad del hombre está en su conciencia.

III

Galopando entre nubes de polvo los hijos del amo llegaron a la hacienda. Lo primero que hicieron fue echar sus bestias en las sementeras y derribar las albarradas. Lo segundo que hicieron fue robar los dineros de la iglesia. Y lo tercero, raptar a la hija de Chumín, el albéitar. La llevaron lejos, se burlaron de ella y la abandonaron en el campo. En la taberna de la hacienda celebraron su hazaña.

Cuando Chumín supo la desgracia de su hija, no dijo nada; salió al monte y se ahorcó de las ramas de un naranjo. Doña Charo vendió la fruta antes de que se conociera el suceso. Canek descolgó el cuerpo de Chumín y lo enterró y al enterrarlo parecía que sembraba semilla de hombre.

El herrero de la hacienda preguntó:

—Ya está terminado el hierro para marcar el ganado ¿hago otro para marcar a los indios?

Uno de los hijos del amo dijo:

—Usa el mismo.

Canek se adelantó, rompió el hierro y huyó con los indios.

En un rincón del monte Canek reunió a los indios y les señaló una piedra donde había armas y pan. Unos tomaron un pan. A éstos les dio un arma y les dijo que defendieran sus casas. Otros tomaron un arma. A éstos les dio un pan y les dijo que defendieran

sus trincheras. Otros tomaron un arma y un pan. A éstos les ordenó que fueran capitanes.

Se organizó la persecución de Canek y de sus parciales. La persecución fue encabezada por los hijos del amo. Aquel correr y correr tras la huella de los indios fue como una cacería; sonaban los cuernos, tintineaban los cascabeles y los perros de presa hacían su oficio. Los indios caían como venados, con la cabeza hendida.

Del rancho de San Joaquín regresaron los esbirros que perseguían a Canek. Un capitán dijo:

—Traigo un hato de cincuenta bestias.

Otro capitán dijo:

—Sólo cuento veinte.

Otro capitán dijo:

—El número se completa con indios. Los esbirros llegaron al rancho de San José. Las casas estaban desiertas y por las calles vagaban, aullando, los perros que perdieron a sus dueños. Los esbirros untaron de brea los techos de las casas. Cuando amaneció sólo humeaban las ruinas; un vaho de agua quemada, agria, verde y gruesa, se sentía en el aire. Después talaron los puntales, arrancaron los cimientos, derramaron sal en los montes, cegaron los pozos y mataron las palomas que regresaban a sus nidos.

En el rancho de San Lucas, antes de incendiarlo, un capitán quiso dejar salir a los indios que no pudieron huir. Pero otro capitán dijo:

—Déjalos dentro. El indio quemado hace buen abono.

Huyendo, huyendo, Canek y sus hombres se refugiaron en la sabana de Sibac. Allí hicieron resistencia hasta que se agotaron sus municiones; después pelearon con las manos, y después, hambrientos, se dejaron apresar por el enemigo.

Al día siguiente Canek y sus compañeros fueron conducidos a la hacienda para ser juzgados por su rebeldía.

Uno de los esbirros ató las manos de Canek.

—Capitán —dijo Canek—, le va a faltar cordel.

El capitán torció el nudo.

—Es inútil, capitán —añadió Canek—, le va a faltar cordel para atar las manos de todo el pueblo.

Los esbirros regresaron cantando canciones devotas, que, en sus bocas, parecían blasfemias. Detrás de ellos, atados, cubiertos de polvo y de sangre, caminaba un grupo de indios. Delante de ellos Canek parecía un escudo.

Los indios prisioneros fueron azotados en la cárcel. Los soldados que custodiaban a Canek dejaron de hablar: en las espaldas del héroe aparecieron las estrías de los cintarazos.

Hubo junta de jueces y de letrados y de bachilleres y de sacristanes. El juicio de aquellos hombres fue breve, como convenía a la gravedad de sus delitos. Abundaron los testigos de cargo y se gritaron blasfemias y el Fiscal, hombre de leyes y de catecismo, hizo alarde de su sabiduría. Leyó papeles, mencionó códigos y ordenanzas y tanto y tanto dijo que se le enronqueció la voz y se le anublaron los ojos. Al fin, pidió los castigos que merecían los indios.

A Patricio Canul, muchacho de quince años, lo llevaron al cementerio. Cuando lo iban a fusilar el viento le llevó el sombrero. Entonces dijo al capitán:

—Jefe, ¿me deja tomar mi sombrero?

—Pero si te voy a fusilar.

—Ya sé, jefe; pero a ella le gustaba verme con sombrero.

Patricio recogió su sombrero, se lo puso y sonó la descarga.

Los jueces dispusieron cortar una mano a Canché; pero el verdugo, acostumbrado a matar por la espalda, en presencia del reo, tuvo miedo y soltó el arma. Canché la recogió y, de un tajo, se cercenó la mano.

Para que el alma de Balám llegara más pronto al infierno, el verdugo lo ahorcó con un cordel humedecido con aceite. En el silencio de la tarde el cuerpo de Balám olía a incienso y una paloma durmió en el hueco de su hombro.

A Canek lo encerraron en la capilla de la iglesia. El padre Matías lo acompañó mientras llegaba la hora del suplicio. Al amanecer sacaron al reo y lo llevaron al cementerio. Canek no se dejó vendar los ojos ni amarrar las manos. Antes de morir dijo al Padre Matías:

—Padre, rece por el niño Guy.

Canek murió de pie.

El alcalde del lugar comunicó a quien debía que la rebelión de los indios fue cruel y que sus jefes despreciaron, llevados de sus instintos animales, la fe, la razón y las costumbres cristianas; y, como escarmiento, aconsejado por la prudencia, se procedió a castigar a los promotores con energía acorde con la caridad.

Los hijos del nuevo amo celebraron el engrandecimiento de sus tierras y el aumento de sus esclavos.

En el recodo de un camino, Canek y el niño Guy se encontraron. Asidos de la mano caminaron silenciosos y cuando llegaron al horizonte empezaron a ascender.

CARA II SAN FRANCISCO DE ASIS
19'49" [Fragmentos]

SAN FRANCISCO EMPIEZA A PREDICAR

Cuando San Francisco supo que los discípulos de Cristo no debían poseer ni oro ni plata ni traer alforjas ni provisiones ni usar calzado ni bastón, exclamó:

—Esto es lo que yo quería y esto es lo que mi corazón deseaba.

Se quitó entonces los zapatos, abandonó el bastón y se ciñó el sayal con una cuerda.

Y de esta manera empezó a predicar la humildad y la alegría de la santa pobreza.

SAN FRANCISCO Y FRAY SILVESTRE

San Francisco y Fray Bernardo iban por las calles de Asís repartiéndole dinero entre los pobres, cuando, de pronto, un hombre llamado Silvestre, movido por la avaricia, se acercó a ellos, los miró de hito en hito y luego encarándose con San Francisco, dijo:

—No me has pagado del todo las piedras que te vendí para reparar las iglesias; págame ahora que tienes dinero.

San Francisco tomó de la bolsa de fray Bernardo unas monedas y se las ofreció al hombre diciendo:

—Toma y entiende que si más quisieras, más te daría.

Silvestre tomó las monedas y se fue a su casa. Toda la noche estuvo pensando en su avaricia, en la bondad de San Francisco y en la dulzura de fray Bernardo. Al rayar el alba se durmió y, entre sueños, vio que de la boca de San Francisco salía una cruz cuya cabeza llegaba al cielo y cuyos brazos, abriéndose, se extendían de Oriente a Occidente. Entonces se sintió tocado por Dios, dio a los pobres lo que tenía y se humilló ante el Santo. Desde aquel día empezó a llamarse fray Silvestre.

SAN FRANCISCO Y SANTO DOMINGO

San Francisco y Santo Domingo se encontraron en Roma y hablaron así:

Santo Domingo:

—Hermano Francisco, estudié en Salamanca y viví entre herejes.

San Francisco:

—Hermano Domingo, trabajé en Asís y viví entre leprosos.

Santo Domingo:

—Mis frailes combaten a los enemigos de Dios.

San Francisco:

—Mis frailes sufren por los que ofenden a Dios.

Santo Domingo:

—Dios es la verdad.

San Francisco:

—Dios es el amor.

Y los dos santos se abrazaron bajo el cielo de Roma.

SAN FRANCISCO HABLA A SUS COMPAÑEROS

En cierta ocasión San Francisco dijo a sus compañeros:

—Hermanos, es bueno saber cuál será el porvenir de nuestra Orden. Al principio hallaremos manzanas dulces; después otras menos sabrosas; y al final, acaso todas las manzanas serán amargas y ácidas. Pero, con todo, nuestra familia irá creciendo y creciendo. Haremos entonces lo que hace el pescador que echa su red y saca muchos peces, pero luego, prudente, guarda los que quiere y devuelve al mar los inmundos y los pequeños.

SAN FRANCISCO Y SUS DISCIPULOS

Cuando fueron ocho los discípulos de San Francisco, un día los llamó y les dijo:

—Id, de dos en dos, por las cuatro partes de la tierra; anunciad la paz y la penitencia; sed pacientes en la tribulación; preguntados, responded con humildad; perseguidos, bendecid; injuriados, dad gracias y confiad en el Señor.

Luego les dio licencia para irse y cada pareja tomó su camino.

Al cabo de un tiempo, San Francisco los quiso ver de nuevo. Y antes de mucho y sin que nadie los llamara, se encontraron reunidos otra vez, delante de San Francisco.

SAN FRANCISCO Y FRAY BERNARDO

Oraba Fray Bernardo en la selva cuando San Francisco se le acercó y le dijo:

—Bernardo, habla a este ciego.

Pero como fray Bernardo tenía el pensamiento en Dios, no oyó la voz de San Francisco. Todavía el Santo lo llamó dos veces más, sin obtener respuesta. Entonces San Francisco se alejó del lugar y pidió a Dios le revelase la razón del silencio de su amigo.

—¡Oh, pobrecillo! —le dijo una voz— ¿debe el hombre dejar a Dios por la criatura? Fray Bernardo estaba conmigo y por esto no oyó tus palabras.

En seguida, San Francisco buscó de nuevo a su discípulo. Bernardo adivinó la presencia del Santo, le salió al encuentro y, lleno de humildad, se echó a sus pies. San Francisco lo hizo levantar, le contó su turbación y le dijo:

—Te mando, por santa obediencia, que hagas lo que yo te ordene.

Por excusar alguna orden exagerada, fray Bernardo le respondió:

—Estoy dispuesto a obedecer si me prometes hacer también lo que yo te mande.

—Te ordeno —añadió San Francisco— pongas un pie en mi cuello y otro en mi boca y, al mismo tiempo, me digas palabras duras para humillar mi soberbia.

Con miramientos, fray Bernardo cumplió la orden de San Francisco. Después dijo el santo:

—Ahora manda lo que quieras que yo haga.

—Te mando —dijo fray Bernardo— que siempre que nos hallemos juntos me reprendas por mis defectos.

Y por eso, de allí en adelante, San Francisco se guardaba de estar mucho tiempo cerca de su amigo para no decirle palabras de corrección a quien tenía por santo.

SAN FRANCISCO EN SANTIAGO DE GALICIA

Una vez, San Francisco, fray Bernardo y otros frailes fueron a Galicia con ánimo de visitar el sepulcro de Santiago Apóstol. En el camino hallaron a un enfermo que, además de su mal, sufría el abandono de todos.

San Francisco se compadeció de él y dijo a Fray Bernardo:

—Hijo, quiero que te quedes aquí a cuidar a este hombre.

Y fray Bernardo se quedó en aquel lugar y se puso a cuidar al enfermo.

—San Francisco y los otros frailes siguieron su ruta y después de varias jornadas, llegaron a Santiago de Galicia. Oraba San Francisco en la Iglesia del Apóstol, cuando Nuestro Señor le dijo que fundara conventos en la región. Lleno de alegría, el Santo comunicó a sus compañeros el mandato que había recibido y, con diligencia, todos se pusieron a recorrer aquellas tierras y fundaron conventos y ganaron nuevos amigos.

Al volver de Galicia, San Francisco encontró a fray Bernardo al lado del hombre aquel, el cual ya estaba sano. Fray Bernardo se unió a sus compañeros y juntos tomaron el camino de Italia. Una vez en Italia, San Francisco volvió al valle de Espoleto y residió en un lugar deshabitado, en compañía de fray Elías y algunos otros frailes.

Al año siguiente, San Francisco dio permiso a fray Bernardo para que, conforme deseaba, fuera en peregrinación a Santiago de Galicia.

SAN FRANCISCO Y LAS TENTACIONES DE FRAY BERNARDO

Fray Bernardo era tan bueno que San Francisco le tenía reverencia y lo alababa en todas partes. Un día Dios reveló al Santo que fray Bernardo sostenía batallas con los demonios. Entonces San Francisco pidió a Nuestro Señor que, en este trance, ayudara a su amigo. Nuestro Señor oyó la súplica y le contestó:

—No temas, Francisco, porque las tentaciones que sufre fray Bernardo son para aumentar su virtud y para que alcance méritos ante mis ojos. Al fin saldrá victorioso de sus enemigos, según es mi designio.

Al oír esto, el Santo se llenó de alegría y más y más reverenció a fray Bernardo.

SAN FRANCISCO Y FRAY BERNARDO PIDEN LIMOSNA

Yendo de viaje San Francisco y fray Bernardo, por tomar algún respiro, se sentaron en una piedra del camino. Después de un rato, San Francisco dijo:

—Ahora que hemos descansado, entremos en la próxima ciudad, pidamos limosna y luego, si te parece, nos reuniremos otra vez en este sitio.

Así lo hicieron. Llegaron a la ciudad y cada cual, por su lado, recorrió calles y plazas y llamó a las puertas pidiendo caridad. Fray Bernardo, por el hambre que tenía, comió lo que le dieron, de modo que cuando volvió al lugar indicado se encontró con que no llevaba

consigo ni una brizna de pan. A poco llegó San Francisco con la limosna que había recibido y, gozoso, se la enseñó a fray Bernardo:

—Mira la limosna que me ha dado la Providencia —le dijo—. Muéstrame la que tú recibiste y comamos juntos en nombre de Dios.

Fray Bernardo, entonces, humillado por aquellas palabras, se arrodilló a los pies del santo y le dijo:

—Padre mío, confieso mi falta; no he traído nada de lo que me dieron porque todo lo comí sin dejar rastro. ¡Así estaba de hambriento y desfallecido!

San Francisco le contestó:

—Hijo, te digo que eres más dichoso que yo, porque sin duda, de este modo tuviste más tiempo para alabar a Dios. Yo, en cambio, puse todo mi cuidado en reunir las santas migajas que ves.

SAN FRANCISCO Y LA PERFECTA ALEGRIA

Un día de invierno, San Francisco y fray León iban de Perusa a Santa María de los Angeles. Con el frío y el viento, los dos sufrían mucho. Tenían las manos amoratadas, los pies entumecidos y la cara llena de grietas. Cuando estaban más agobiados por la inclemencia del tiempo, San Francisco dijo:

—Fray León, si los frailes Menores fuesen ejemplo de santidad y de pureza y nadie los aventajara en virtud, te digo que no está en eso la perfecta alegría.

Caminaron un poco más y volvió a decir:

—Fray León, si los frailes Menores diesen vista a los ciegos, oído a los sordos, voz a los mudos, movimiento a los tullidos y alma a los muertos, entiende que no está en eso la perfecta alegría.

Después agregó:

—Fray León, si los frailes Menores conocieran el futuro de la vida y el secreto de las conciencias, advierte que no está en eso la perfecta alegría.

Más adelante dijo:

—Fray León, si los frailes Menores hablasen la lengua de los ángeles, conocieran el curso de los astros, las virtudes de las yerbas, la naturaleza de las aves, de los peces y de todos los animales y poseyeran, además, el secreto de los árboles, de las piedras y de las raíces y les fueran descubiertos los tesoros de la tierra y del mar, afirma que no está en eso la perfecta alegría.

Y todavía, habiendo andado otro tanto, añadió:

—Fray León, si los frailes Menores, con sus prédicas y su buen ejemplo convirtieran a todos los infieles a la fe de Cristo, escribe que no está en eso la perfecta alegría.

Entonces fray León dijo a San Francisco:

—Padre, en nombre de Dios, dime entonces en qué consiste la perfecta alegría.

—Figúrate —le respondió el Santo— que al llegar a Santa María de los Angeles, empapados de lluvia, helados de frío, cubiertos de lodo y desfallecidos de hambre, el portero se irrita y nos llama bribones y nos deja a la intemperie y nosotros oímos en silencio sus insultos, piensa que en esto sí está la perfecta alegría. Y si llamamos otra vez y el portero, más molesto, nos echa y nos llama ladronzuelos y nosotros sufrimos en paz sus malos tratos, entiende que en esto sí está la perfecta alegría. Y si todavía, obligados por el hambre y la necesidad de refugio, volvemos a llamar, y el portero, violento ya, abre la puerta y sale con un palo y nos pega y, ante su furia, nosotros tan sólo recordamos las penas que sufrió Nuestro Señor, te digo que en esto sí está la perfecta alegría. Y así debe ser porque sobre los bienes y los dones del Espíritu Santo, están el saber conocerse a sí mismo y el sufrir, por amor de Dios, dolores, injurias y quebrantos.

SAN FRANCISCO Y LA VIÑA DEL CURA

Después de una o dos jornadas se detuvo en la iglesia de San Fabián, donde la gente, por verlo y hablarle invadió la viña que cultivaba el cura. Este, en su corazón, sintió el destrozo que le hacían y pensó mal de los feligreses y del Santo. San Francisco llamó aparte al cura y le dijo:

—Padre ¿cuántas cargas de vino te da esta viña?

—Doce cargas —le respondió el cura.

—Permite entonces que la gente la destruya y déjame estar contigo unos días. Recibe estas molestias con paciencia que yo te prometo, de parte de Nuestro Señor, que esta viña te dará veinte cargas.

Y así sucedió: ese año la viña produjo veinte cargas de vino.

SAN FRANCISCO Y EL HERMANO FUEGO

Pasaba San Francisco por Fonte Colombo cuando se agravaron tanto sus males que sus compañeros llamaron un médico. Vino éste, examinó la dolencia y dijo que era preciso aplicar un cauterio en la parte dañada.

Al oír lo dispuesto por el médico San Francisco confortó su espíritu y le dijo al fuego:

—Fuego, hermano mío, noble y útil criatura, muéstrate benigno pues sabes cuánto te quiero. Te pido moderes tu ardor para que te pueda tolerar sin agobio.

Hizo luego la señal de la cruz sobre el hierro enrojecido; se tendió en la cama y el médico procedió a la cura. Terminado el cauterio el médico dijo a los frailes que acudieron al lugar:

—Hermanos, os aseguro que un hombre robusto no hubiera sufrido la curación con más calma que este hermano débil y consumido.

Luego San Francisco dijo a los frailes:

—Cobardes, hombres de poca fe, ¿por qué habéis huido de mí? Os digo que no sentí el calor del hierro enrojecido.

SAN FRANCISCO Y LOS CABALLEROS DE NOCERA

Se hallaba San Francisco en un lugar cercano a la ciudad de Nocera, cuando se le empezaron a hinchar los pies. Se puso tan malo que varios caballeros acudieron a su lado para llevarlo a Asís. Lo colocaron en una camilla y tomaron el camino de la ciudad.

Después de caminar un trecho se detuvieron en una aldea donde

un buen hombre acogió a San Francisco, colmándole de atenciones. Entre tanto los caballeros se dirigieron al mercado con el objeto de comprar algo para comer pues estaban desfallecidos de hambre. Pero sucedió que los comerciantes ni por oro ni por plata quisieron vender cosa alguna. Con tan malas noticias volvieron a la casa del buen hombre y dijeron a San Francisco:

—Padre, nada hemos conseguido, para comer y así será necesario que nos des algo de lo que tú traes.

A estas palabras respondió el Santo:

—Nada habéis encontrado porque vuestra confianza está puesta en las moscas y en el dinero. Id y pedid limosna, por amor de Dios, y todo se os dará.

Venciendo su vergüenza, fueron otra vez los caballeros y pidieron de puerta en puerta y no hubo comerciante ni vecino que no les diera algo.

Alabando al Señor, regresaron a la posada de San Francisco.

MUERTE DE SAN FRANCISCO

Buscando alivio a sus males, San Francisco se refugió por unos días en el palacio del Obispo de Asís. Pero viendo sus compañeros que, por momentos, en vez de sanar se agravaba más y más, decidieron llevarlo a Santa María de los Angeles. Con la mayor delicadeza que les fue posible, lo acostaron en una camilla y tomaron la senda del convento. Al pasar por el Hospital de los Crucíferos el enfermo pidió que pusieran la camilla en el suelo y de cara a Asís. Entonces el Santo se incorporó, miró la ciudad con ojos complacidos y dijo:

—Bendita seas, ciudad santa, porque por ti se salvarán muchas almas y en ti habitarán muchos siervos de Dios y muchos de tus hijos serán elegidos para el reino eterno.

Llegados al convento lo llevaron a la enfermería donde, olvidándose de sí mismo, se dedicó a consolar a los frailes, diciéndoles:

—A Dios os encomiendo, hermanos míos, tenedle siempre con vosotros y temedle, sed fuertes en la tentación y constantes en la virtud.

Luego pidió un pan, lo dividió en pedazos y lo repartió entre sus frailes. Poco después dijo:

—Poned mi cuerpo desnudo sobre la tierra y cuando muera dejadlo en ella el tiempo que necesita un hombre para caminar pausadamente una milla.

Y mientras cantaba los Salmos de David, vino la muerte y lo tomó en sus brazos.

IMPRESO EN MEXICO.  IMPRENTA MADERO, S. A.